

MUÑOZ BARBERÁN



Y LA CIUDAD DE MURCIA

**MUÑOZ BARBERÁN
Y LA CIUDAD DE MURCIA**

Centro de Arte Palacio Almudí
Murcia, 11 diciembre 2008 / 15 febrero 2009

Manuel Muñoz Barberán
(Lorca, 1921 - Murcia, 2007)





Ayuntamiento de Murcia
Concejalía de Cultura

Miguel Ángel Cámara Botía
Alcalde-Presidente

Fátima Barnuevo Ruiz
Concejal Delegada de Cultura

EXPOSICIÓN

Dirección

Martín Páez Burruezo

Coordinación

Elena García Gallardo

Área didáctica

Alicia Zamora Cano

Transporte y ejecución de montaje

Expomed, S.L.

Seguros

Stai, S.L.

CATÁLOGO

Edita

Ayuntamiento de Murcia
Concejalia de Cultura

Dirección técnica

Servicio de Comunicación

Textos

Martín Páez Burruezo
Juan Guirao García
Pedro Soler
García Martínez
Pedro Alberto Cruz

Catalogación

Martín Páez Burruezo

Diseño

Severo Almansa & Rosa de la Obra
Asociados

Fotografías de las obras

Javier Salinas

Fotografías del artista

Paco Salinas
y archivo Almudi

Imprime

A.G. Novograf

Dep. Legal: MU-2.930-2008

ISBN: 978-84-96760-51-6

AGRADECIMIENTOS

Por la cesión de obra a:

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia
Delegación del Gobierno de Murcia
Cámara Oficial de Comercio, Industria
y Navegación de Murcia
Caja Mediterráneo. Murcia

Agustín Muñoz Cano
Antonio García Iniesta
Antonio Saura Parra
Carlos de Andrés
Ernesto Andrés Vázquez
Enrique Luján Pujante
Enrique Riquelme Hernández
Francisco Soler
Francisco Viguera Almodóvar
Fuensanta Clares
José Abellán Atenza
José Calzada Cervero
José Cánovas Alcázar
José M^º Parra
José Martínez Gil
Luz Sanz Cayuela
Manuel Gómez Alarcón
Miguel López Guzmán
Miguel Olmos
Remedios Egea Galera



Presentación

Miguel Ángel Cámara Botía
Alcalde de Murcia

No ha querido el destino que nuestro inolvidable Manuel Muñoz Barberán disfrute con nosotros de esta muestra que recuerda, sobre todo, dos cosas de especial trascendencia. Primera, que este autor era un artista prolífico y polifacético. Igual teja sobre el lienzo escenas de tipo religioso que plasmaba con pasión paisajes de su Lorca natal, de las tierras de Jumilla, de esta Murcia que lo enamoró. Y segundo, que, como murciano hasta la médula, sentía en sus carnes cuanto nos emociona de esta tierra donde tenemos el privilegio de vivir.

Adentrarse en las obras de Muñoz Barberán es degustar y sentir una gran riqueza que nos ofrece un lenguaje postimpresionista, de una técnica forjada durante años sobre el estudio de millares de obras, analizándolas a pie de museo.

Murcia le debe el cariño que siempre dispensó a quienes tuvimos el honor de compartir algunos instantes con él. Mientras dure nuestra vida podremos recordar la pasión que ponía en cuanto realizaba y el inmenso cariño que le tenía a los suyos.

Murcia le debe una obra impresionante, que ya forma parte de nuestra propia manera de ser, de nuestras rutinas y sentimientos, de esa idiosincrasia que define al murciano y lo diferencia allá donde se encuentre. Generoso y dispuesto a colaborar siempre con su ciudad, el maestro nos ha dejado carteles de Semana Santa míticos, del Festival Internacional de Folklore en el Mediterráneo, retratos, paisajes y hasta bodegones que destilaban maestría, pasión y experiencia. Entretanto, como buen humanista, también cultivó la investigación histórica, cuyos frutos literarios nos acompañarán para siempre. Por eso considero un acierto que su figura sea glosada en esta obra por otros maestros de la pluma, por gentes que, además de conseguir componer bellos textos, tuvieron la fortuna de conocer a nuestro querido pintor.

Este será el retrato invariable de un autor que también supo contemplar la realidad que lo envolvía con ojos de maestro, de artista que fundía en su persona la genialidad y un trato afable, cercano, altruista.



Datos y recuerdos para una biografía de Muñoz Barberán

Martín Páez Burruezo

Conocí a Manuel Muñoz Barberán, maestro que nos dejó recientemente, a principios de los años sesenta. Un pintor activo, infatigable, dialogante con todos los que quisimos acercarnos al arte y, en especial, a la pintura en aquella Murcia de largos cafés en el Santos y cortos recorridos, cuando nuestros deseos por aprender eran más fuertes que nuestros conocimientos y escasos los eventos artísticos en nuestra ciudad.

Le recordaremos en su estudio, desde esa atalaya con hermoso mirador desde donde se divisa una enorme vega limitada por Carrascoy. Con sus pinceles, ahora inermes, que dieron luz a tantos lienzos, entre tarros, rodeado de libros, de lienzos inacabados, en ese espacio mágico que siempre representa el estudio de pintor. Con el fallecimiento de don Manuel Muñoz Barberán queda un enorme vacío en el arte regional. Perteneciente a una generación que tuvo que luchar en los difíciles años de posguerra fueron creadores de una pintura que aportaba valores a la panorámica del arte español. Gómez Cano, Ballester, Carpe, Molina Sánchez, Medina Bardón y Muñoz Barberán cogieron el testigo de aquella prodigiosa generación del 27 y mantuvieron viva esa prestigiosa tradición pictórica de Murcia. Camón Aznar apuntaba de ellos: *...Era el grupo más nutrido y coherente de todos los regionales y de personalidad más vigorosa.*

Manuel Muñoz Barberán, alejado de modas y estilos, formado en la tradición pictórica de la escuela española, realizó una pintura de argumento, con temas narrativos en la diversidad de los distintos géneros e imbuido por vocación y admiración en los ciclos de la pintura religiosa del arte europeo. Con todos los conocimientos que ofrece la historia desarrolló una pintura que correspondía a un tiempo y a su temperamento. En sus lienzos supo transcribir aquella formación historicista en un lenguaje que, próximo al postimpresionismo, supo hacer suyo. Una pintura descriptiva, de "vedute", empapada siempre de las tonalidades de su tierra, tierras pardas, sienas, austeras y vibrantes por sus toques de luz, como legado de su personalidad.

La pintura de Muñoz Barberán está inmersa en los principios del 98, cuando el arte español adquiere una fuerte dosis de regionalismo. El concepto del paisaje de Azorín, la tradición luminica de la pintura española recogida por Sorolla, pero, sobre todo, el eclecticismismo de Zuloaga y su mirada dirigida al pasado, donde Courbet había revolucionado el sentido de la realidad, teniendo siempre como telón de fondo, como luz y guía el genio de Goya,

configuran las coordenadas artísticas de Muñoz Barberán, un artista irrepitible que llena una hermosa página de nuestra pintura con una marcada personalidad, de pintor que sobrepasaba e incluso valoraba el concepto de pintor local. *Soy –decía el artista en amena conversación– como un pintor de aquellos del Renacimiento que pintaban en y para un determinado espacio geográfico.*

Don Manuel Muñoz Barberán nace en Lorca, el 26 de mayo de 1921, en La Cava, *calle larga* –que escribiera Juan Guirao–, *añeja con solera aún.*

Sus primeros pasos artísticos bajo la dirección del autodidacta Cayuela, su encuentro con las Misiones Pedagógicas durante su estancia en Garrucha, así como ver pintar a Almela Costa en las calles de Lorca son imágenes que quedarían para siempre en la retina del joven pintor. Conversaciones con Espín Rael, trabajos de retoques en el taller fotográfico de Juan Navarro y sus primeros encargos motivan los pasos del artista.

En los años cuarenta se instala en Murcia para llevar a cabo la realización de murales para la iglesia de San Antolín. Se relaciona con Antonio de Hoyos, Cano Pato, Torrentbó, Dictinio del Castillo, Alemán Sainz. Viaja a Madrid y descubre lo que será el refugio máximo de su espíritu, el Museo del Prado, al que volvería siempre para sentir y oxigenarse, incluso creo que en sus momentos “raros”, de huida, encaminando sus pasos hacia los grandes maestros del Prado. Como Mújica Láinez entendió que nuestra pinacoteca es uno de los espacios visuales más suntuosos, nobles y sugestivos de Europa.

Julían Gállego, por esta época de juventud, escribió: *Ya entonces, en el Madrid de posguerra, conocí al pintor –Muñoz Barberán–, me lo presentó Molina Sánchez. Manolo, con esa fácil y buena técnica, pintó un cartón desde la ventana de la pensión... Desde el primer momento me asombró su cultura no sólo pictórica, sino también literaria. Era ya un erudito, hombre de raras lecturas.*

Los primeros cuadros que expone en la Económica murciana, en las exposiciones del Casino, en la Casa de Cultura de Murcia gozan ya de ese concepto de paisaje de enfoque y mirada personales. *Procuró pintar lo que amo* –contestaba el pintor en una entrevista–; *por eso, la mayor parte de mis cuadros son de Lorca.*

Los años cincuenta y los sesenta son periodos de extensa labor. En Murcia desarrolla su capacidad creativa en mil y un proyectos. Pintura decorativa en espacios públicos, grandes murales religiosos, carteles y diseños para las carrozas de la Batalla de Flores, pinturas para los telones de fondo y bambalinas para el T.E.U. e incluso dibujos que, a partir de 1964, realiza para ilustrar los artículos de don José Ballester en el diario La Verdad, con la cabecera de "Recuerdos, hombres y paisajes". Junto a estos trabajos hace, a su vez, pintura de caballete en su estudio o al "plein air" en las calles de nuestra Región.

El paisaje urbano de Manuel Muñoz Barberán quedará para siempre como su gran aportación a la pintura. Recordar los cuadros *El puente* y *Los molinos*, *Huerto de la Estrella*, *Rincón junto al mercado de Verónicas*, *Terrazas de Murcia*, *La antigua Lonja*, *Mercado de Lorca* supone reencontrarse con la grandeza del paisaje urbano que Barberán pinta con una decidida personalidad. Perspectivas picadas desde un punto de vista singular, con una luz que todo lo baña y que define, como en su propia tierra, los acentuados contrastes de luces y sombras, de colores tímidos y pinceladas sueltas, sujetas por una marcada estructura dibujística. Su admiración por las ciudades de marcado carácter histórico-artístico serán los escenarios para llevar al lienzo. En 1957 viaja a Roma, Florencia y Venecia y posteriormente a París, Amsterdam y Berlín, lugares necesarios para el espíritu de un pintor que siente la historia y la belleza de esas ciudades donde se experimentaron los proyectos más ambiciosos de la arquitectura y el urbanismo del Renacimiento y del Barroco. Hay un sentimiento de añoranza, de búsqueda de esa ciudad ideal soñada por el pintor, en la indagación de esas vías para escapar con la historia de la cotidianidad, junto a su declarada vocación por los temas históricos.

Muñoz Barberán seleccionó sus temas con mirada humanista. Sus paisajes urbanos están llenos de vida; sus calles, sus plazas, escenarios para la convivencia. Aunque sean temas inventados de otro tiempo están llenos de personajes, en equilibrada actitud y en composiciones que exhalan vitalismo. De ahí que sus paisajes urbanos entrelazados con sus lecturas se transforman, en muchas ocasiones, en temas costumbristas, escenas de otro tiempo, que utiliza para rememorar con la noble arquitectura, la enseñanza de la historia y el recuerdo de otras formas de vida. *El Contraste* y *Mercado de la plaza de los Apóstoles* son cuadros de gran formato propiedad de la Cámara de Comercio, que ejemplifican este género y que muestran su interés por las tradiciones murcianas.

El pintor, junto al valor artístico de sus cuadros, nos ha llevado a interesarnos mucho más por las peculiaridades de nuestra tierra. En su fascinación por el imatronte de la Catedral, obra de Jaime Bort, que el pintor plasmó en sus lienzos, nos enseñó a valorar las luces matizadas de la ciudad sobre las piedras y la reverberación de la luz reflejada en sus mil y un detalles de delicada orfebrería. Nos enseñó mercados inexistentes en lugares que debieron existir. Y definió, por encima de otras conmemoraciones, la mañana del Viernes Santo murciano, con unas luces que justifican ese día mágico de Murcia cuando los salizillos irrumpen en las calles tiñendo de morado la mañana luminosa de nuestra ciudad.

En 1962 expone en la Galería Toisón de Madrid; en 1964 es tercera medalla del Salón de Otoño de Madrid; en 1966 es Palma de Plata de la Bienal de Elche; en 1965 Premio "Paisaje Madrileño" del Ayuntamiento de Madrid; en 1967 logra el Premio Nacional Villacis y en 1968 es nombrado Laurel de Murcia por el Club de Prensa, consiguiendo el mismo año la Medalla de Oro de la Bienal de la Caja de Ahorros del Sureste de España. En este mismo año se incorpora como miembro de número a la Academia Alfonso X el Sabio.

Muñoz Barberán, en sus estructuras de trazos verticales, en las apaisadas formas de sus lienzos, ofrece junto a la materia luminosa sensaciones e impresiones que acompañan a los descriptivos cuadros. En ellos parece como si se percibiera el lento transcurrir del tiempo. Los paisajes, sus bodegones, ya sean los carnosos membrillos o los elementos de una leja de su estudio, contienen esa veladura que imprime a sus representaciones, esa pátina del tiempo que el pintor proyecta en sus objetos. Parece que sentimos ese lento pasar de las horas e incluso descubrimos en sus objetos los días velados de luces plateadas. Como escribiera don José Ballester: *...en la pintura –de Muñoz Barberán– existe una cierta poesía melancólica.*

No podemos olvidar, en este repaso a su obra, su aportación al tema de las mascaradas, de la pintura dedicada a los carnavales, de tanto arraigo en nuestra cultura mediterránea, ecos de una veta goyesca, en la que se recrearon Eugenio Lucas, Pradilla, Mateos, Gutiérrez Solana y tantos otros. Muñoz Barberán, con ese gusto por las tradiciones, hace una bella síntesis entre la fiesta popular, la picardía hispana, con el lujo veneciano. Sus lienzos son el reflejo de grupos de máscaras que bailan, cantan y festejan los jocosos devaneos entre *Don Carnal y Doña Cuaresma.*

En 1994, con motivo de su retrospectiva en el Almudí, en la Contraparada 15, escribí: *En los últimos años –los años ochenta–, el pintor se acerca más a los temas íntimos. El artista pinta el mundo interior de su estudio. El paisaje visto desde el ventanal, la puerta como bambalina teatral hacia el exterior, la aproximación al primer plano de un matorral del altozano, un rincón del estudio...* Todos los argumentos son un acercamiento a los elementos de ese cotidiano vivir. El pintor ahora se proyecta en un ejercicio de introspección, donde ha cambiado la pincelada y sus tonalidades.

Las exposiciones de estos años son numerosas: Zero, Chys, Villacis, Nuño de la Rosa, Zurbarán, Porche y Thais y otras fuera de nuestra Región como Grifé y Scoda en Madrid, Dintel en Santander, Mitre Gallery en Barcelona... En 1988 es nombrado Cronista Oficial de la Ciudad de Murcia, junto a Carlos Valcárcel y Juan Torres Fontes. En 1990, el Ayuntamiento de su ciudad natal le nombraba Hijo Predilecto a la vez que le otorgaba la Medalla de Oro de la Ciudad del Sol y la Federación de Peñas Huertanas le concede el galardón Matrona de Murcia. El 4 de diciembre de 2003 se le premia con la Encomienda de la Orden del Mérito Civil y en 2006 tuve el honor de compartir con el pintor y el colectivo Mestizo la Medalla de Oro de la Asociación Murciana de Críticos de Arte.

Una vida llena de felicidad en lo profesional y en lo privado, siempre junto a Fuensanta y una familia numerosa plétórica de hijos que destacan en los distintos campos de las humanidades.

Han pasado muchos años desde que conocí a Muñoz Barberán, maestro y amigo. Elegante siempre, ojos claros, burlones, con un bigote muy cuidado, casi velazqueño, pelo suavemente ondulado y sonrisa generosa. Le recordaré pintando frente al imahante de la Catedral, en el Archivo de Protocolo por las tardes, en la preparación de alguno de sus libros, en su ir y devenir por la ciudad y en las visitas últimas a la calle de su nombre en Sangonera. En ese hermoso mirador, frente al exultante valle limitado por los montes de Carrascoy, donde posiblemente dialogara con la luz, con los colores sienas, con los verdes esperanzadores de la huerta y esos azules que tanto gustaban al pintor y que ahora le acogen para la eternidad.

Manuel Muñoz Barberán nos deja en sus escritos, en sus investigaciones históricas, así como en su pintura, el testimonio de su tiempo, como artista y como cronista de la ciudad de Murcia.

El pintor y las ciudades

Juan Guirao García

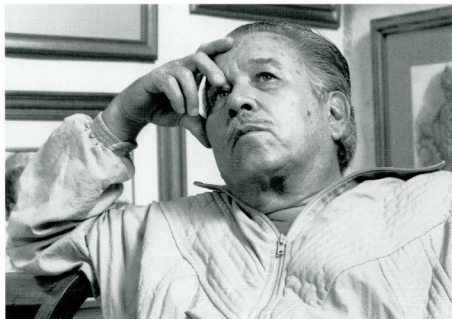
Hace ya una larga veintena de años, el fino y hondo espíritu crítico de José Ballester hablaba, ante unos paisajes urbanos de Muñoz Barberán, de cuánto de poético y testimonial había en aquella pintura. *Ciudades hasta ahora nimbadas de esa poesía, pero desde ahora condenadas a sucumbir al avance arrollador de la novedad edificatoria. En el futuro, estos cuadros serán el documento histórico donde perviva un hoy caracterizado por lo fugaz. Un intenso hábito humano se desprende de esas creaciones. El paisaje de ciudad, de interior de ciudad, es el más genuino contorno del hombre; es la circunstancia que tiene algo de prolongación del hombre y de consustancialidad suya.* El pintor tiene alma de viajero que ama las ciudades donde planta su caballete con una como nostalgia por la finitud de lo observado, intuyendo con cierto desconsuelo cuántas especulativas destrucciones, cuántas caóticas arquitecturas arrasarán dramáticamente esa perspectiva hermosa, ese rincón humilde, sereno, noble, de cualquiera de nuestras geografías. El pintor ha nacido en una ciudad princesa de la luz donde el tiempo se ha remansado en viejas casas con escudos, en recónditas placetas con fuentes de verde agua, en paredes de un blancor antiguo y polvoriento.

Ha nacido el pintor al final de una calle, la Cava Larga de Lorca, añeja, galdosiana, cuyos acentos no le van a abandonar nunca. De esa calle, de esa ciudad, quizás aprendió pronto, como un discípulo de Mairena, que sólo "ve quien mira". Porque su paisaje no es mera topografía, sino que ha asimilado la estremecida palpitación que en su interior late. Nunca el frío imperativo de un escolasticismo, de ortodoxia en la recta y objetiva interpretación del tema, han menguado un punto cuanto de aquietado calor vive y perdura en los lienzos en que retrata las ciudades.

Se ha dicho que el pintor trasciende el paisaje urbano a categoría de retrato, como un talismán contra la desmemoria, bien medido el pulso –y el impulso– en rotunda serenidad reflexiva. Nunca afectado manierismo, nunca desvitalización de lo contemplado, siempre la esencialidad de cuanto la retina acoge para madurar en sustancia artística. De ahí que su "mise en page", su manera de encajar y narrar desde un ángulo propio, dominando poderosamente cualquier perspectiva –las arquitecturas asimiladas dentro del paisaje como un todo–, se resuelve siempre con armonía y sencillez, depurando lo accesorio. El sensible criterio de José Ballester apuntaba también a esos logros, a ese lenguaje de *la simplificación respetuosa de las estructuras* –mucho más difícil que la fidelidad absoluta– *para elevar a categoría plástica lo que de otro modo no pasaría de simple trasunto.* Pero en esos paisajes

de ciudad hay algo más. Está el amor del artista por la vida de esas calles y plazas –el rumor, el hormigueo de las gentes que rúan bajo el sol o la lluvia, los mercados modestos a pleno aire, la efusiva sugestión por lo abigarrado de muchedumbres como espectáculo...– que imprime la claridad de un optimismo alegre y generoso a estas obras. Esa simpatía por el fluir de la vida callejera, repetida y distinta siempre, en atractiva homogeneidad de seres y paisajes, en exultante vinculación recíproca, deviene, al fin, en una alabanza a la ciudad misma.

Interpretando el alma del paisaje en acorde y sincero equilibrio con su propio mundo interior logra el artista la identificación, más allá de lo evocador o descriptivo, con lo representado. Tal vez por eso somos muchos los que contemplamos estas obras con una tenue, sosegada, melancólica emoción ante la sutil luminosidad –la transfiguración de la luz en el aire– y la plenitud de firmeza de estas perspectivas urbanas tan abundosas en la dualidad del conocimiento técnico y de la profesión de fe en la dilación por las ciudades siempre bien amadas.





Muñoz Barberán:
Nunca sé si he rozado lo bien hecho

Pedro Soler
(Entrevista y comentario publicados
en *La Verdad* el 5 de julio de 1996)

Si un pintor dice que está satisfecho de lo que ha realizado está mintiendo.

Cuando fue niño, lo tuvo difícil. Huérfano desde los ocho años, se ganó la vida llevando "recados" de Telefónica, donde trabajaba su madre. Cuando "aquello" de la guerra civil, el despido. Tacharon a su madre de fascista. *Es que ella iba a misa y eso, pero fascista...* Habla el pintor Manuel Muñoz Barberán.

Con el paso de los años, la vida de Muñoz Barberán (Lorca, 1921) fue cambiando hacia algo que él siempre había soñado: la pintura. Primero, como aproximativo aprendizaje, estuvo retocando clichés con un profesional de la fotografía y aprendiendo con los pinceles. Así tres años. Luego, todo comenzó al pintar un retrato de Franco, por insinuación de su jefe fotógrafo. *Es que no había ni material para seguir con la fotografía. Le pregunté a mi jefe qué íbamos a hacer y me dijo: Pues pinta un retrato de Franco. Me basé en una de esas tarjetas que llevaban los soldados. Me dieron 150 ó 200 pesetas. No recuerdo. Pero era dinero. Pinté también otro retrato de José Antonio. Y luego comencé con las iglesias. Pinté todos los santos. Pero de estudiar, nada. No podía, aunque era lo que deseaba con ardor. Tampoco pudo conseguir una beca porque, a sus 18 años, no disponía del certificado de penales. Fue un desencanto. Y siguió pintando sus ánimas benditas. Y se adelantó más tarde por el mundo del paisaje, porque me salían –reconoce– unos santos horribles. No sé cómo la gente les reza. Aun así, desde entonces comenzó a vivir la pintura. Estudió por su cuenta, visitó los grandes museos, admiró a los mejores maestros. Me metí en los archivos, por ejemplo, sin saber una palabra de Paleografía; y aprendo Paleografía porque creo que he sido, o soy, un paleógrafo bastante bueno, destacado. De mis trabajos de investigación he publicado libros sobre el Licenciado Cascales, Pérez de Hita, el Quijote de Avellaneda... Y hasta ahora.*

No parece muy dispuesto a seguir, si volviera a empezar, por los mismos caminos. Sabiendo lo que sé, ya aprendería a apañarme de otra manera. Pero para eso hubiera tenido que desentenderme de muchas cosas del íntimo ámbito familiar. Es que quiere a la familia más que a su profesión; además de forma que podría considerarse como rotunda. Desde luego, la profesión no me preocupa comparándola con la familia. No se muestra satisfecho con lo que lleva realizado después de tantos años delante del lienzo, después de incontables exposiciones. Es que un pintor no puede estar satisfecho consigo mismo de lo que ha realizado. Y si lo hace está mintiendo. No, no. Estoy satisfecho sólo de haberlo intentado.

Le gusta, eso sí, que la gente lo trate bien. Que por la calle lo saluden y le digan que gusta su pintura, que es un gran pintor. *Es que se lo creen. Creen que soy un gran pintor. Yo tampoco me considero un gran pintor, ni un escritor, ni nada. He sido y soy un hombre que trabaja y que ha intentado hacer cosas. Y si hay artistas que se sientan en un cómodo sillón y se dedican a rememorar su pasado y a autocomplacerse de lo grande que son o han sido están mintiendo.*

Muñoz Barberán considera su pintura como un esfuerzo notable y generoso para hacer una cosa que esté bien. Y como yo conozco lo que está bien, como he viajado, como he estado en Italia muchas veces, como he ido a Londres y a Berlín y como he visto lo que está bien pintado y he visitado los mejores museos, he aprendido a conocer lo que está bien, sea de arte moderno o antiguo. *Creo que soy un hombre que hace lo que puede por hacer lo que debía de hacer. Y también soy un hombre que no sabe nunca si ha rozado lo bien pintado, lo bien hecho.*

No se inclina por el paisaje, ni por el retrato, ni por nada. Siguiendo con ese tono de autocreencias que se asigna afirma que si algo le hubiera gustado pintar muy bien serían los cuadros grandes de composición, el retrato, lo difícil, lo complicado. *Es que el paisaje es una cosa tranquila, dulce si se quiere, que se pinta muy a gusto. El paisaje no es la solución del gran pintor. Es lo que opino, aunque, por supuesto, hay grandes paisajistas, estupendos. Por ejemplo, Sorolla, que pintaba muy bien el paisaje o se limitaba al paisaje. Mientras la figura no está en el cuadro expresando algo, el cuadro será más o menos raro, pero la figura debe estar para que el cuadro sea algo más, mucho más. Los paisajes son para estar vivos, para estar habitados. A él le gusta, y lo afirma, que el paisaje desolado no exista: que por las calles transite la gente, que las personas abarroten la ciudad, el mercado, la entrada del cine... Me gusta que la gente esté.*

Muñoz Barberán, autor de centenares de obras, reconoce que el pintor siente necesidad de reiterarse sobre un mismo tema, para sobre lo ya realizado intentar una nueva realización, mejor o de otra manera, hasta encontrar la síntesis, lo más acertado. *Es que las etapas de un pintor vuelven siempre y te acosan, para que pinten mejor el mismo tema. Yo no soy un pintor muy limitado, que sólo sabe pintar el mercado. Sin embargo, si cojo cuadros del Museo del Prado –o el interior del edificio–, si me encariño con ellos, preciso volver a*

pintarlos o ver esa nueva perspectiva, o aquella escena que no recogí, o esa parte del interior. Esto es necesario. Hay que reiterarse si se quiere mejorar la propia obra.

Ya se ha podido comprobar que Muñoz Barberán no es muy amigo de ir contando sus propias grandezas. Más bien al contrario. Quizá, a lo largo de sus tres cuartos de siglo recién alcanzados, se ha portado siempre sin engolamiento, sin autograndeza, sin alardes: *Haberlo hecho al contrario no me hubiera servido de nada. No cambiaría nada de mi vida. Quizá, sí, a los ojos de los demás.*

Se confiesa incapaz de opinar públicamente sobre sus colegas, porque lo considera algo injusto. Siempre. Dice que los pintores son pintores como son, a pesar de que alguno pueda o quiera considerarse el genio del siglo, que tendrá que demostrar. *Luego está el cedazo que se mueve y que va dejando caer a unos o a otros. Unas cosas quedarán y otras... también.*

A su juicio, a lo largo de la historia de la pintura, por mucho modernismo que se haya ido expandiendo, nadie es capaz de hacer un cuadro con cuatro trazos. *Miquel Barceló, por ejemplo, es un buen pintor, a mi juicio. Me gusta mucho. Y en cuanto a los demás pintores de los que no pueda yo alcanzar la profundidad de sus obras, las miro y me causan una sensación, porque el cuadro lanza un mensaje al espectador. Y si el espectador es muy cerrado, que se niega, entonces encontrará que no tiene contacto alguno con la obra. Pero ante un cuadro de Dalí, Picasso, Saura, Gris... te compenetras y sabes que esos cuadros te están diciendo algo. Quizá no tanto como Las Meninas, que van directamente a la comprensión. Pero lo que está diciendo un pintor oscuro también tiene un mensaje, aunque no siempre comprensible por todos.*

Su vocación fue la de pintor y nada más. Ha hecho intento de todo tipo de pintura, pero captó cuál era su camino. Y lo siguió. Pintó obras modernistas, que no ha mostrado y sobre las que ha conformado otras. Se divierte preparando los lienzos, aunque entiende que la pintura es algo serio.

La importancia del color

El color es lo mejor, dice, aunque el dibujo es estupendo. *El color por sí mismo da vida, ofrece sensación agradable. Un lienzo simplemente manchado es bello. Si esos lienzos se pudieran exponer sin que nadie pensara que quieren asombrarlo... El pintor también debe*

exponer sus ensayos de color, que nada tienen que ver con la pintura que quieres hacer. Muchas veces me he dicho: voy a pintar de otra manera. Y luego advierto que no, que tengo que pintar como he pintado siempre. Son sesenta años pintando.

La luz es imprescindible. Debe haber luz siempre, aun en los cuadros grises. Que siempre llegue la luz, aunque sea en el nublado.

Le hubiera gustado asimilarse a esos grandes pintores de la historia. Y cuando ve una Adoración de los Magos, de Van Eyck o de cualquiera de aquellos autores del quinientos, o de Van der Goes, se pregunta por qué no se podrá pintar como ellos, teniendo las mismas figuras de los magos que llegan o de los ángeles que cantan.

Y también hay muchos pintores a los que no le gustaría asimilarse en nada. Son muchos, sí. Ha pintado numerosos cuadros, pero ninguna obra. Obras son El Quijote, Las Meninas, Las lanzas. Las hilanderas... Pintar, sí, mucho. Mis cuadros tienen un valor representativo para quienes me los han comprado, para quienes los conservan en su casa. A veces, alguien le recuerda que posee un cuadro suyo. Y Muñoz Barberán, con cierta sorna y gracia, le contesta: Dios se lo pague, por aguantarlo. Lo digo un poco en broma, pero es verdad. Reconoce que si pudiera recogería algunos de sus cuadros, de los mejores y los peores.

De su etapa literaria –que la tuvo y brillante como investigador– recuerda que en todo lo referente al Quijote apócrifo llegó hasta donde pudo llegar. Ahora no dispone de elementos para seguir trabajando. Su libro se ha leído en toda Europa y en América. Y no hace mucho se vendía a veinte dólares en una librería de Nueva York. En el tema del Quijote apócrifo se reafirma y no cede. Es como si hubiera escrito la obra maestra de la investigación. Es en lo único en que soy soberbio, aunque modestamente. Pero sí. Ahora, por si no tenía bastante, va a publicar un libro con los primeros cincuenta artículos que escribió en La Verdad.

Sorna sin maldad ninguna

Se habrá advertido fácilmente –salvo que el firmante esté por otros cerros– que Muñoz Barberán es de esos hombres a los que les sobra sorna por cualquier resquicio del cuerpo y de la mente. Pero no hace uso de maldad, porque ni tiene ni presume de ella. Es enhiesto, formal, hecho un caballero de guante blanco ante el supuesto adversario

y alzado ante las situaciones adversas que le rodean o le han rodeado (que no han sido pocas).

Muñoz Barberán es de los pintores que, aunque sus obras destilen visión de su tierra y sus rincones, no se ha limitado nunca. En sus visitas a Florencia o Berlín ha sabido captar lo típico de ciudades dispares, para mostrarlo luego al curioso espectador. Ha tenido brío para recorrer toda Europa –o casi– y llenarse los ojos y el alma de las glorias pasadas que cuelgan en los más famosos museos. Ha sabido traerse esos apuntes que han sido la base de obras suyas, sus lienzos, llenos de luz, colorido y fortaleza.

Aunque se autocritica casi con fiereza no es para tanto, ni mucho menos, esencialmente porque nunca ha desempeñado un papel de pseudoartista, de esos que se limitan a hacer lo que está de moda, porque da que hablar o se vende bien. Guste o no –me atrevo a opinar– ha seguido un camino que emprendió hace no sé cuántas décadas, pero un camino propio, sin dejarse llevar por modas contemporáneas o por acercamiento a los consagrados. Ha sido él y sus circunstancias. Entre éstas, pintar, porque le gustaba, porque sabía y porque daba para vivir. No hay alabanza desbordada, sino realista realidad.

Pese a los años, Muñoz Barberán ha permanecido en una labor artística honrada, fuera de los ismos al uso, fiel a sus citas, a sus líneas, a su quehacer tan personal. Ha sabido –y sabe, claro– eternizar los rincones extraviados para siempre, enmascarar carnavales y festejos de pueblo, plasmar el retrato. Desde un principio no fue cobarde para amaestrar sus pinceles y dedicarlos a lo que pensaba que era lo mejor que de ellos podría brotar. Nunca ha querido dominar ni ser centro de tertulias, sino ser él, con la personalidad propia que ha adjuntado a cualquiera de los óleos, dibujos o frescos que de sus pinceles han nacido. Buenos o malos, como ha confesado sin prejuicios en contra, sino con realismo fiel.

Podría escribirse mucho porque Muñoz Barberán arrastra más de medio siglo de pintura, con una labor constante, sin parones. Y su obra, diga él lo que diga, ha sido públicamente reconocida. Con premios, con homenajes, con colegios y calles que llevan su nombre. Lo peor de Muñoz Barberán es –creo– que no haya querido ser algo más que Muñoz Barberán. Así de sencillo.



La urbanidad de Manolo

García Martínez

Esto es lo primero que escribo sobre Muñoz Barberán, después de que cogiera los bártulos de pintar y se marchara al otro mundo. La verdad es que en los últimos momentos, aunque me saludó un par de veces con la mano, no me dijo adónde se iba, aunque se oliera algo, pues estaba ya con un pie al otro lado de la frontera. Pero eso es lo de menos. Debe de estar donde están todos los que se han ido y, por lo tanto, me bastaría con poner en el sobre el código postal de la Eternidad.

Digo esto porque yo, de siempre, más que para los lectores, he escrito mis cosuchas para él, que era quien, de una manera o de otra, me lo agradecía del modo más práctico. Los artistas, por buenos que sean, necesitan la publicidad. Encima de ejecutar la obra tienen luego que esforzarse en venderla. Sobre todo si, aunque seas muy apreciado, vives en una provincia, en el triángulo que componen Lorca, Murcia y Alcantarilla.

Total que, cuando publicaba algo referente a su persona, me acercaba al día siguiente a su casa y recibía dos agradecimientos: alguna cosica que sacaba Fuensanta para tomar –a veces era una olla gitana con pera, que le sale muy buena– y el humor de la conversación con Manolo. Hubo un tiempo en que estubo encerrilado con descubrir al verdadero autor del *Quijote apócrifo*. Sus estudios e intuiciones le revelaban que el presunto había sido Ginés Pérez de Hita, un zapatero de Mula, montador de fastos para el día del Corpus. Por aquellas fechas, todo el pueblo mostraba más entusiasmo por la festividad que el que hoy en día le profesan los propios curas, que han arrumbado la celebración.

(Me dispensará el lector, pero, como es la primera vez, ya digo, que le pongo un recado sin estar el artista coleando, no sé muy bien por dónde tirar. Así es que voy a reproducir aquí lo primero que me vaya viniendo a la cabeza y sea lo que Dios quiera.)

El zapatero muleño no era ningún tuercebotas. Había escrito “Las guerras civiles de Granada”, por no ir más lejos. Y estaba tan ligado a las investigaciones de Manolo, que yo sospechaba que vivía en su propia casa de Alcantarilla. Por eso, cuando iba por allí, le preguntaba por el sujeto, por si quería salir a compartir los garbanzos. (Párraga solía llamar guisao a cualquier clase de comida, aunque fuera caviar de ese bueno.) Lo cierto es que, porque le daba vergüenza o por lo que fuera, Ginés no aparecía nunca. Manolo lo justificaba con excusas mil: que estaba en la cama con resfriado, que había bajado a

Alcantarilla a comprar tabaco... Cosas así, que, por otro lado, son creíbles. A pesar de todo, le gustaba que le preguntase por el personaje. Aunque le entrara algo de nerviosidad, pues, cuando se lo nombraba, se ponía en los labios uno de los cuatro *ducados*, no más, que se fumaba al día. Era un vicio menor, comparado con el de tomarse (sobre todo cuando ya no estaba para eso) un par de huevos fritos mojando pan. Pero eso ya lo conté cuando nos lo murieron.

No sé si consideraciones tan domésticas son lo que esperaba Martín Páez, que es quien me ha pedido estas líneas para una exposición sobre la pintura urbana de Muñoz Barberán. Pero, como tampoco se lo voy a cobrar, tendrá que conformarse.

Pues claro que era un pintor urbano. Sobre todo de lo urbano viejo y deteriorado. Ahí queda la glorificación que hizo del Mercado de Verónicas y sus alrededores. Con esa sería suficiente muestra.

Cuando íbamos de viaje por el extranjero, bastante ayunos de perras, siempre llevaba la carpeta encima, por si un caso. Lo he visto pintar casas, calles, monumentos y rincones en Amsterdam, Venecia, Berlín, Munich y qué sé yo. La gente, turistas en su propio país, le formaba corro. Pero él sólo hablaba con los zagalicos. Entre ellos y el pintor se hacían gestos o se cambiaban sonrisas. Y con eso sólo se entendían. También ocurría en Murcia. Cuando hicimos el tocho de las tabernas agonizantes, se venía con nosotros el bueno de Antonio, el Chichones, que era como un chiquillo y que siempre llamó don Francisco a Manolo.

Y, en fin, habrá que ir acabando, pues tengo entendido que, en el catálogo, quieren reproducir también algunas de sus obras urbanas. Mi problema ahora es que no sé cómo se va a la Alcantarilla celestial donde reside, para llevarle este escrito y tomarnos algo. A ver si pusieran pronto el tranvía.

*Crítica de arte publicada en La Verdad
con motivo de la exposición retrospectiva
de Muñoz Barberán en Contraparada 15*

Dedica Contraparada, en su decimoquinta edición, el apartado para autores regionales a la figura de Manuel Muñoz Barberán mediante una retrospectiva que muestra, cuidadosamente, parte de su amplia y variada producción. La personalidad de Muñoz Barbeán, pictóricamente hablando, puede ser analizada a través de esta exposición si tomamos tres puntos de referencia. Y creo conveniente empezar por el que cronológicamente es el último por las dudas que puede plantear.

El grito del pintor (1993) –con datos suficientes para relacionarlo con la obra anterior– hace aflorar diversas cuestiones, más desde el punto de vista interpretativo, porque, aparte de ser interesante y sugerente, permite establecer una hipótesis acorde con notas apuntadas en otros escritos. Pero no es el momento de hablar de evolución (esa no ha sido la intención del pintor y sería disparatado perderse en ello) y sí del sentido del “gesto”, que bien podría tener carácter “retrospectivo” –si su punto de partida hubiera estado forzado por las circunstancias–, aunque más parece resumen y demostración (se podría pensar en su divertimento, mas su ubicación como antefala de la labor de toda una vida lo acerca a un acto reivindicativo: *es mi obra, y desnudo la ofrezco y me ofrezco...*).

Los dos puntos restantes ponen en evidencia lo que ha sido y es Muñoz Barberán como pintor. El primero presenta la solidez constructiva de unos cuadros en los que dibujo y color vertebran las composiciones, y una temática que parece localizarse en un entorno regional limitado y desarrollada para satisfacer unas necesidades concretas.

Muñoz Barberán, en El Almudí

Thelma Cantagorda, en su día, acompañó a su hijo, el apuesto poeta, autor, organizador de la figura de Manuel Muñoz Barberán, escritor de una romancesca que muestra, verdaderamente, parte de su amplia y variada producción. La personalidad de Manuel Barberán, poco conocido habiendo, puede ser



El signo, ante una de las otras respuestas, ¿está vivo?

Desde Cartagena, en su día de llegada al aeropuerto, el apatado paraguayo se apresura a la figura del ministro de Defensa, general Manuel María Ramírez, ministro de la Defensa, para saludarlo y felicitarlo por su reciente triunfo electoral. Ramírez, que se encuentra en un momento de gran actividad, promete que se ocupará de la visita del general y de la visita personal. La presencia del ministro de Defensa en el aeropuerto es una muestra de la importancia que el gobierno le otorga a la visita del general. El general Ramírez, que se encuentra en un momento de gran actividad, promete que se ocupará de la visita del general y de la visita personal. La presencia del ministro de Defensa en el aeropuerto es una muestra de la importancia que el gobierno le otorga a la visita del general.

[illegible]

...delo etia, tunc
...ellipso, con la
...mento, per o
...o etia, tunc
...mento, per o
...o etia, tunc
...mento, per o

obras— parece pero
Esto, que no llega a
en los pintores mu
esta retrospectiva
momento por Mur
ocasiones con gir
precisado de nuev

er fuerza en su senti
ser disfunción, aume
cianos y es causa ta
interesante quedan
oz Barberán -con e
s expresivos de tra
e realizaciones po

do restrictivo y se afirma que reduzca el campo de acción también de la variedad de las cosas: la claridad de las cosas; el freno coyuntural por el rojo y color- y la señal verde indicando que se puede avanzar.

za en lo expansivo
o de difusión, es frec
d que encontramos
coherencia de lo h
personalmente impu
sación de obra ab
duzamos en contra

por contacto.
 uente hallarlo
 en ellos. Con
 cho hasta el
 esto, roto en
 erta, todavía



Jardin Botánico
Óleo sobre lienzo
61 x 47 cm
Col. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

El puente y los molinos

1945

Óleo sobre lienzo

58 x 72 cm

Col. particular



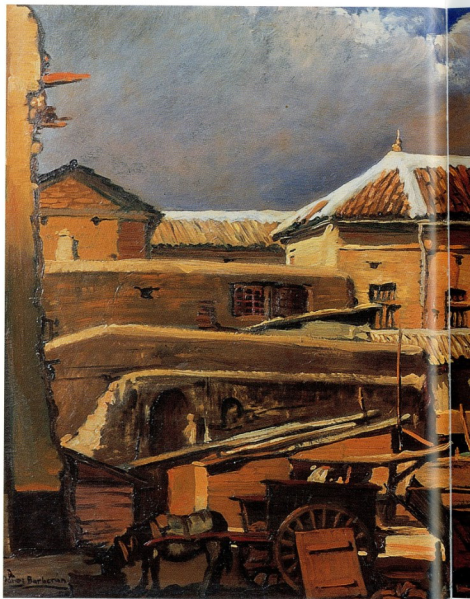
Rincón junto al mercado de Verónicas

1945

Óleo sobre lienzo

70 x 132 cm

Col. Ayuntamiento de Murcia

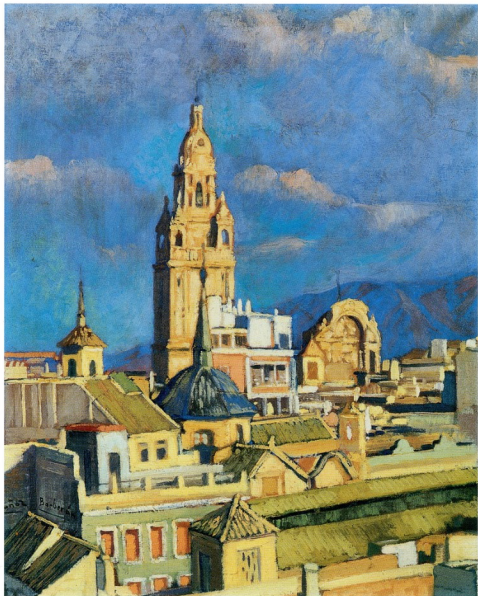




Torre de la Catedral
Óleo sobre lienzo
92 x 73 cm
Col. Caja Mediterráneo



La torre de la Catedral
Óleo sobre lienzo
53 x 42 cm
Col. particular





La antigua Lonja
1945 -1950
Óleo sobre lienzo
53 x 42 cm
Col. particular



Plaza de Verónicas
1950
Óleo sobre lienzo
29,5 x 40 cm
Col. particular

Mercado de la plaza de Apóstoles
1954
Óleo sobre lienzo
200 x 340 cm
Col. Cámara de Comercio de Murcia





Viernes Santo

1955

Óleo sobre tabla

64 x 92 cm

Col. del artista



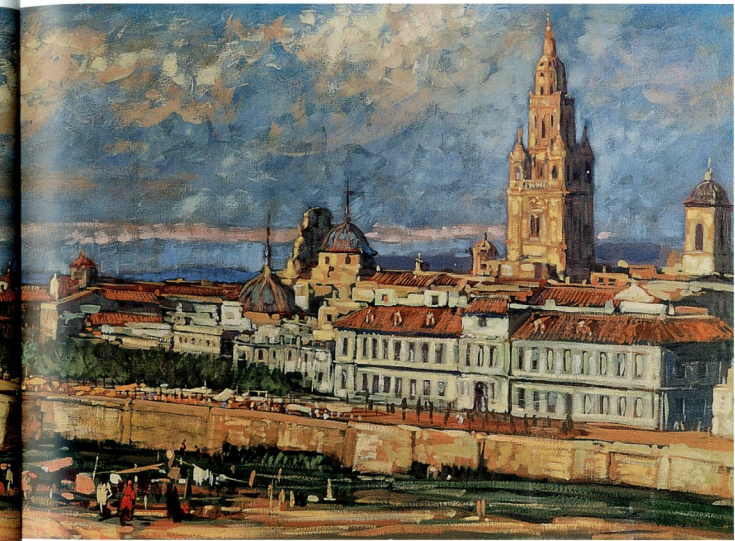
Entre el Huerto Manú
y los Pasos de Santiago
1955
Óleo sobre lienzo
100 x 220 cm
Col. particular





Vista de Murcia
1956
Óleo sobre lienzo
80 x 200 cm
Col. Cámara de Comercio
de Murcia





El Contraste

1957

Óleo sobre lienzo

64 x 92 cm

Col. Cámara de Comercio de Murcia



Mañana de Viernes Santo

Óleo sobre lienzo

64 x 92 cm

Col. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia





San Andrés
1959
Óleo sobre tabla
45 x 61 cm
Col. particular



El Martillo y el parque de Ruiz Hidalgo
1960
Óleo sobre tabla
57,5 x 60 cm
Col. particular

El parque de Ruiz Hidalgo

1960

Óleo sobre lienzo

46 x 55,5 cm

Col. particular



La huerta de Murcia. Atardecer

1960

Óleo sobre lienzo

63 x 81 cm

Col. del artista



El Plano de San Francisco

H. 1963

Óleo sobre lienzo

54 x 73 cm

Col. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia



El Arenal, Café del Sol

Óleo sobre lienzo

65 x 92 cm

Col. particular





El Puente Viejo
Óleo sobre lienzo
60 x 73 cm
Col. particular



El Puente Viejo o la isla de las Ratas

H. 1963

Óleo sobre lienzo

80 x 100 cm

Col. particular

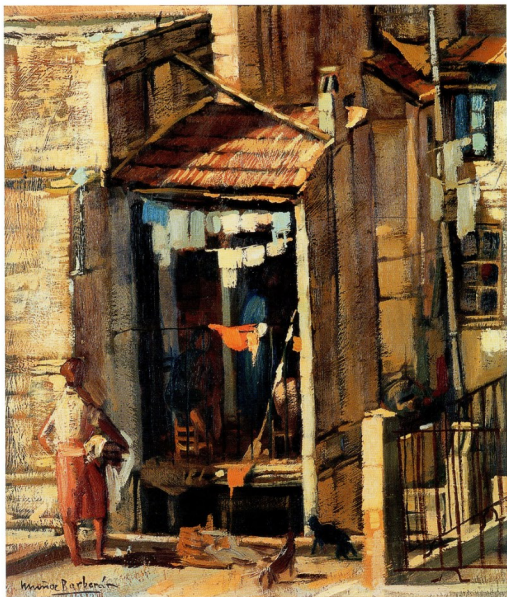
Tejados

1964

Óleo sobre tabla

49,5 x 43 cm

Col. particular



La salida del paso de San Juan

H. 1964

Óleo sobre lienzo

97 x 130 cm

Col. Delegación del Gobierno de Murcia





Invernadero del Huerto del Conde
Óleo sobre tabla
25,5 x 31,5 cm
Col. particular



Convento de las Claras
Óleo sobre tabla
60 x 57,5 cm
Col. particular



El Malecón
H. 1970
Óleo sobre lienzo
46 x 55,5 cm
Col. particular



La torre desde el río Segura
Óleo sobre lienzo
50 x 61 cm
Col. del artista



El Puente Viejo
Óleo sobre lienzo
81,5 x 100 cm
Col. particular



El Martillo y la torre de la Catedral
Óleo sobre lienzo
80 x 100 cm
Col. particular

La huerta desde el Malecón
Óleo sobre lienzo
85 x 170 cm
Col. particular



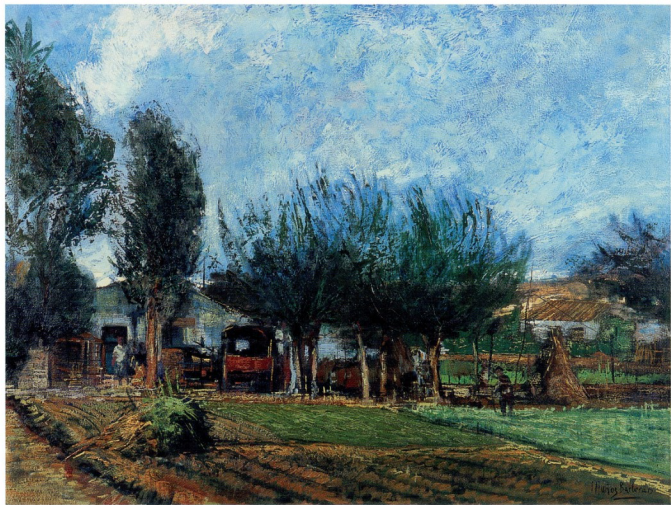


Paisaje de la huerta

Óleo sobre lienzo

97 x 130 cm

Col. del artista



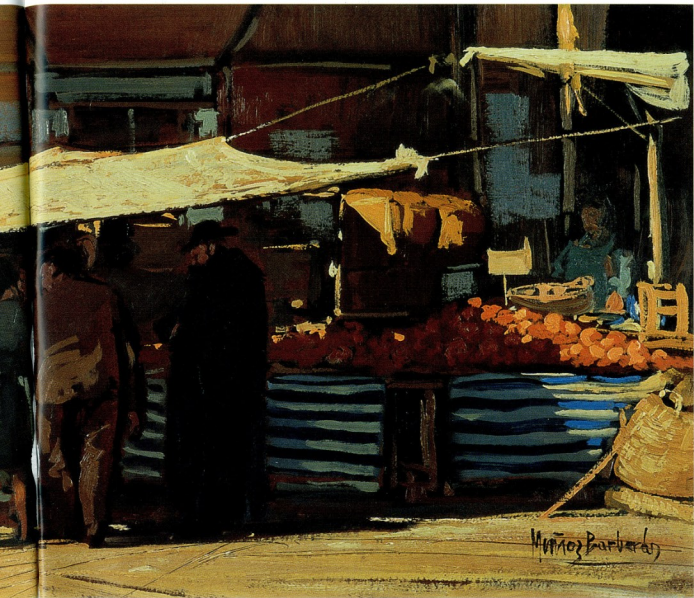
Puesto del mercado de Verónicas

Óleo sobre tabla

27 x 40 cm

Col. particular



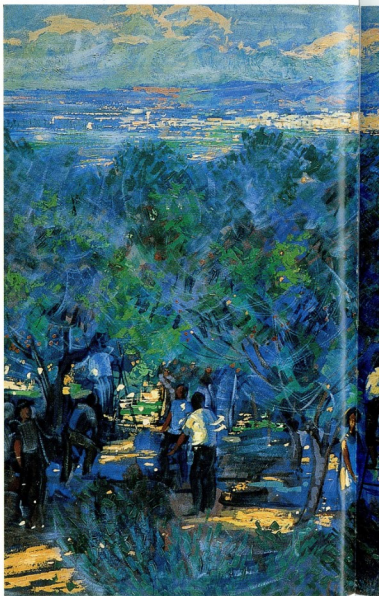


Mercado
Óleo sobre lienzo
37 x 66 cm
Col. particular





Recolección, Alegoría de Murcia
1974
Óleo sobre tabla
202 x 352 cm
Col. particular







Plaza de las Flores
1982
Acuarela sobre papel
21 x 26 cm
Col. particular



El Malecón
1963
Acuarela sobre papel
30 x 44 cm
Col. particular

Grupo de huertanos bailando en el Arenal

1987-1988

Óleo sobre lienzo

97 x 130 cm

Col. particular





Centro de Murcia
Acuarela sobre papel
26 x 32,5 cm
Col. del artista



Casas del barrio de San Pedro

1992

Óleo sobre lienzo

89 x 116 cm

Col. del artista

CENTRO DE ARTE
PALACIO
ALMUDÍ
AYUNTAMIENTO DE MURCIA

